

Recensión

Lydon McHugh, John Joseph, *La Doctrina Social de la Iglesia. Su historia y enseñanzas*, Lima, Fondos Editoriales de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI y de la Pontificia Universidad Católica de Perú, 2024, 402 pp., ISBN 09786123179564.

En 2024, el sacerdote oriundo de Toronto, en la Canadá inglesa, John Joseph Lydon McHugh, miembro de la Orden de San Agustín, publicó en Perú el libro *Doctrina Social de la Iglesia. Su historia y enseñanzas*. La obra tiene una relevancia singular por un doble motivo: el primero, el texto en sí mismo, y en tanto es el resultado de un esfuerzo intelectual meritorio, en el que el autor, sostenido en su vasta experiencia académica y pastoral, ofrece una síntesis personal de su comprensión de la enseñanza social católica a la que expone recorriendo sus diferentes hitos históricos, y la presenta en una lograda exposición sistemática.

Pero además del valor propio del libro en sí mismo, la obra tiene otro motivo que la hace destacable. Y es su Prólogo y Quien lo escribe: se trata de otro sacerdote agustino, amigo del autor, con quien ha compartido muchos años, décadas, de apostolado común en el norte de Perú, a donde ambos fueron enviados por sus superiores. A diferencia del autor (Lydon McHugh), que es —como decíamos—, canadiense, el Prologuista es norteamericano, nacido en Chicago, Illinois. Se trata de Robert Prevost, quien al momento de escribir el Prólogo acababa de ser creado Cardenal por el Santo Padre, el Papa Francisco, quien años antes lo hiciera primero Obispo y, luego, Prefecto de la Congregación de los Obispos. Y que pocos meses después de prologar el libro, el 8 de mayo de 2025 (Festividad de la Virgen de Luján, en Argentina), fue elegido por el Cónclave de Cardenales como Sucesor

de Pedro. Desde entonces, ocupa la Sede Romana en lugar de Francisco, como León XIV.

La obra de Lydon McHugh

El P. Lydon McHugh obtuvo en 1977 el bachillerato en Ciencias Políticas y Educación Secundaria en la Universidad de Villanova, Pensilvania, y en 1978 ingresó al Seminario de la Orden de San Agustín, donde se graduó como Magíster en Teología en 1983. Fue ordenado sacerdote en 1984 y recibió el Doctorado en Misionología por la Universidad Gregoriana de Roma. Desde enero de 1983, ha trabajado apostólicamente en el Perú, país donde ha sido profesor ordinario en la Facultad de Teología y del Seminario San Carlos y San Marcelo de Trujillo, sirviendo también en parroquias de Chulucanas, Trujillo y Pacasmayo. Fue Superior Mayor de los Agustinos del Vicariato de Chulucanas en tres ocasiones y Secretario General de la Organización de Agustinos de Latinoamérica (OALA) en dos periodos. En abril de 2016 fue nombrado Rector de la Universidad Católica de Trujillo, función que ejerció hasta febrero de 2022.

La obra que comentamos, consta de una Introducción que pivota sobre dos pilares: El primero se titula “Hacia la Civilización del Amor”, indicando el horizonte de la Doctrina Social de la Iglesia. Refiriéndose a él, dice el autor: “Hay un ideal que está construido en fidelidad a nuestras relaciones de amor con la creación, con otras personas y con Dios. El Papa Pablo VI lo llamó ‘la civilización del amor’ y vale la pena soñar sobre su manifestación en el mundo de hoy. San Agustín utilizó la frase ‘Ciudad de Dios’ para describir la misma realidad... La civilización del amor, o la Ciudad de Dios, es un mundo donde estamos plenamente realizados, un mundo de justas relaciones entre todos, un mundo donde ya no hay pobres cada vez más pobres mientras hay ricos cada vez más ricos, un mundo donde la justicia y la paz se besan -Sal 85:11-” (pp. 28-29). Esa finalidad es la que motiva la intervención del magisterio en las problemáticas sociales: “Desde hace más de 100 años la Iglesia ha tratado de reflexionar de manera más explícita sobre esta exigencia de construir la Ciudad de Dios en la tierra de los hombres y mujeres de hoy” (pp.29-30).

El segundo, aborda “La metodología: ver, juzgar y actuar”. El autor explica en este lugar los pasos que el estudio y, especialmente, la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia deben seguir para ser fructíferas. Destacamos, en particular, el carácter cristocéntrico que Lydon McHugh reconoce al momento del “juicio”: “El segundo paso es iluminar esta realidad con nuestra fe, la luz que nace de las enseñanzas de Jesús y nos indica cómo Dios quiere que vivamos en fidelidad a su plan” (p. 31).

Luego de la Introducción, el texto se despliega a lo largo de 18 capítulos que se abren con un estudio titulado: “La exigencia bíblica: por qué la Iglesia se preocupa de la cuestión social”, que opera como un pórtico general. Explicando cuál es “El rol de la Iglesia en la sociedad”, el autor muestra que muchos son los documentos publicados desde León XIII en adelante, los que “reflejan contextos en constante cambio. Como la realidad va cambiando, la reflexión sobre esta, a la luz de la fe, también necesita una nueva mirada. Por ello, cada documento es diferente, pero con líneas conductoras que son constantes” (p. 36).

La centralidad de Cristo y su misión, continuada por la Iglesia, son destacadas por Lydon McHugh: “La comunidad de fe se guía, precisamente, por lo que enseñó Jesucristo, ya que la Iglesia existe para continuar su misión en la historia de hoy. Las críticas, que pueden venir tanto del marxismo como de la filosofía liberal, simplemente no responden a la visión y misión (cosmovisión) de la Iglesia y el rol de la fe en la historia” (p. 37). Y sigue: “ciertamente, todo cristiano cree en la vida eterna, la plenitud del Reino de Dios que solo se realizará de forma plena al final de la historia, cuando todo se encuentre en Cristo ‘para recibir nuestra parte en la herencia reservada a los santos es un reino de luz’ —Col 1, 12 y 19—. Pero esta mirada al reino en plenitud no puede desviarnos del reino que ya acontece en la historia. La Ciudad de Dios -es decir el reino al final de la vida- nos impulsa y nos dirige a construir la ciudad de los hombres y mujeres en el aquí y ahora” (pp. 38-39).

Mostrando la permanente atención de la Iglesia a los “signos de los tiempos” y su constante fuerza de renovación para poder responderlos, señala la importancia de la continuidad doctrinal:

“examinar lo que nos aporta la fe a esta realidad significa que necesitamos documentos ‘siempre nuevos’. Pero las raíces de estas reflexiones, los hilos conductores o lo que se puede llamar ‘principios iluminadores de la fe’, brotan del mismo Evangelio y sus valores y por eso son ‘siempre antiguos’”. Y continúa: “Así, mientras que las reflexiones a lo largo de la doctrina social son nuevas, se mantienen fieles a la tradición y valores evangélicos, garantizando que no sean reflexiones fluctuantes, imprecisas o sólo una opinión más” (p. 38).

Emplazado en la centralidad de Cristo y en la continuidad doctrinal de la enseñanza eclesial, el autor despliega su discurso proponiendo inmediatamente una secuencia histórico-doctrinal que transita por el magisterio pontifical desde León XIII hasta Francisco (pasando por el Concilio Vaticano II), con un capítulo dedicado a cada documento social analizado. Este recorrido culmina abordando “El aporte latinoamericano a la Doctrina Social de la Iglesia” en el período 1968-2022, en el que estudia los Documentos de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, para llegar a *Querida Amazonia* de Francisco. Dichos capítulos, que se exponen con una destacable claridad expositiva, tienen la misma estructura interna, lo que facilita su lectura individual y su estudio comparativo: 1. Contexto, 2. Aportes del texto. 3. Orientaciones para la Acción. 4. Preguntas para la reflexión.

El último capítulo del libro es el de las “Conclusiones: principios y criterios de la doctrina social”, en el que expone sobre la dignidad humana y el respeto absoluto a los derechos humanos universales, el derecho al trabajo y la protección de los trabajadores, el bien común, el destino universal de los bienes, la opción preferencial por los pobres, el cuidado de la creación, la subsidiariedad, la participación en la construcción de la sociedad, la necesidad de reconocer la existencia de pecados sociales o estructuras de pecado, la solidaridad, la paz y la justicia y la comunión.

Acompañan al texto dos Anexos. El primero sobre “La economía de Francisco en el mundo de los jóvenes”, y el segundo sobre “El nacimiento de la doctrina social”. Cierra el libro un apartado dedicado a la Bibliografía.

El Prólogo y el Prologuista

Señalamos al principio que eran dos los motivos que hacían importante el libro. El primero, el texto en sí mismo. El segundo motivo se vincula con el Prólogo, que no sólo nos introduce en la obra, sino que, además, nos permite conocer algunas de las ideas del Prologuista sobre la Doctrina Social de la Iglesia, expuestas antes de ser Papa.

En sus reflexiones prologales, Prevost no se limita a escribir unas cuantas líneas de compromiso para congraciarse o satisfacer al amigo, como suelen hacer algunos invitados a presentar un libro. Por el contrario, se toma muy en serio el rol de prologuista y escribe varias páginas en las que propone algunas ideas de su propia cosecha sobre la comprensión de la Doctrina Social de la Iglesia. Y esto le da un gran valor. A su prólogo y al libro.

Prevost titula al Prólogo “¿Qué podemos aprender de una ‘Doctrina Social de la Iglesia Católica’?”. De ese título se desprende su intención de distinguir y vincular el acto del aprendizaje con un objeto específico, en este caso, la enseñanza social católica. Por eso dice que “la doctrina social de la Iglesia se aprende, y se aprende algo que está más allá de simples definiciones o conceptos para responder y salir al paso ante cuestiones polémicas o urgentes socialmente. El aprendizaje que nos proporciona el estudio sereno de la doctrina social de la Iglesia no va tanto a la memoria para aprender cosas que no deben ser olvidadas, sino al modo de acercarnos a la sociedad y a las personas” (p. 20).

Pero ese aprendizaje tiene escollos. El primero que destaca Prevost es el nombre “doctrina”. Que muchas veces es mal entendido. Por lo que se preocupa por explicar su auténtico sentido, reconociendo, de ese modo, la legitimidad de su utilización para referirse al magisterio social cristiano. Despejado y justificado el uso de la palabra doctrina se trata de enfrentar otro problema quizá más serio: “Se trata del sujeto que realiza dicha reflexión: la Iglesia Católica. ¿Cómo podemos justificar que la Iglesia asuma como parte de su misión dar respuestas a cuestiones sociales?” (p. 22).

Formulada la pregunta, que esconde muchas veces un cuestionamiento, dice: “La respuesta de la Iglesia está motivada como res-

puesta a otras dos respuestas. Esto quiere decir que la respuesta de la Iglesia es algo así como una contra respuesta. Por un lado, responde al marxismo y, por otro, al liberalismo. Ahora bien, la razón por la que la Iglesia asume la función de responder a estas dos ideologías socioeconómicas y políticas es la de recordar al mundo que no podemos caer bajo el predominio ideológico, sea cual fuera la ideología en cuestión. Toda ideología, por perfecta que parezca, termina degenerando en una utopía de la que el hombre no sale ileso. Una utopía que lo lleva a luchar o bien por hacer que todos sean iguales, o bien por lograr el propio beneficio egoísta a pesar de la muerte de su propio hermano” (p. 23).

De ahí que la Iglesia no se limite a criticar las ideologías marxista y liberal, sino que ofrezca su propia enseñanza como alternativa superadora: “Esta es la motivación de la Iglesia: crear conciencia moral, con criterios morales, con principios éticos auténticos, respetando el juicio crítico de cada individuo y la autonomía de los pueblos y sus gobiernos” (p. 23). Pero la respuesta de la Iglesia no es una pieza de museo, sino algo vivo, que toma en cuenta los cambios de las sociedades y de los tiempos históricos: “Las situaciones exigen un nuevo análisis y una serena respuesta. La Iglesia en su doctrina social ha sabido acercarse a los problemas y también ahora debe hacerlo” (p. 24).

Estableciendo un criterio fundamental para precisar la cuestión gnoseológica y epistemológica, expresa: “El desafío es saber acercarse a los temas sociales y aprender que no es la teoría la que hace la realidad, sino al revés: es la realidad la que funda la teoría. La teoría es posterior a la realidad y, como tal representa una respuesta. La doctrina social de la Iglesia con toda la rigurosidad que presenta, no puede pretender ser una respuesta de aceptación universal, eso sería utópico. Solamente puede pretender ser una respuesta que respete la realidad y que se acerque de manera adecuada a ella, desde los principios y criterios más saludables y oportunos” (p. 24).

Estas precisiones le permiten señalar la naturaleza teológico moral del magisterio eclesial sobre cuestiones temporales: “La doctrina social de la Iglesia busca ser una luz para poder mirar mejor y con mayor amplitud las cuestiones sociales más urgentes. Ciertamente una parte de la reflexión de la Iglesia no dejará de ser en algunos aspectos teológica,

pero ese no es su rasgo esencial. La doctrina social de la Iglesia no es una teología de los problemas sociales, sino un análisis ético conforme a la realidad concreta de esas mismas cuestiones” (p. 25).

Finalmente, Prevost, cerrando sus reflexiones, se pregunta quiénes son los destinatarios de la Doctrina Social de la Iglesia, y compartiendo la opinión de Lydon McHugh expuesta en el libro, expresa de su parte: “el mundo universitario es en potencia la sociedad del futuro. Un reflejo de lo que es la sociedad actual y de lo que será en el futuro es el mundo juvenil universitario. Por eso, tomar la decisión de dirigir las reflexiones eclesial sobre los temas sociales a los jóvenes universitarios me parece la elección más acertada que se pueda hacer con la doctrina social de la Iglesia que ahora les presentamos. En la conciencia de los jóvenes se gestan las futuras decisiones políticas. En la conciencia de los jóvenes se forman las futuras relaciones familiares. En la conciencia de los jóvenes se despiertan los nuevos ideales hacia los que una sociedad se animará a caminar. En la conciencia de los jóvenes universitarios descansa un transformador social, un artista, una madre, un padre, un dirigente político, una luchadora por los derechos aún no reconocidos, etcétera. En la conciencia de los jóvenes universitarios se cuece la siguiente sociedad. Dirigirse a ellos para enseñarles a acercarse al mundo con todos sus problemas sociales me parece una labor del más alto valor” (p. 26).

El libro de McHugh, el prólogo de Prevost y el magisterio de León XIV

Sin duda que sin el prólogo del Cardenal Prevost el libro de Lydon McHugh habría tenido un riguroso trato académico, habría sido leído, comentado, estudiado, como sucede con los textos sobre la disciplina. Pero el hecho de tener el Prólogo escrito por quien hoy es el Romano Pontífice León XIV, le da un valor adicional, absolutamente único. Porque sus palabras no se limitan a ser un pórtico de la obra, sino que se extienden, proyectándose sobre su propia enseñanza, ahora como Sumo Pontífice.

El libro de Lydon McHugh y el Prólogo de Prevost, son una ocasión adecuada para observar una de las propiedades de la DSI sobre

las que el magisterio insiste: lo que llama “continuidad doctrinal” (cf. Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 12). Y también para reflexionar, en relación a ella, sobre las “fuentes” de la enseñanza social católica. Porque el Prólogo de Prevost, sin ser magisterio (aunque está escrito por un Obispo y Cardenal en comunión con Pedro), no es sólo el texto de un autor como cualquier otro, al que los Papas consultan en algún punto de su enseñanza, sino que está elaborado por quien meses luego de redactarlo se haría cargo de la Cátedra de Pedro.

Y en esa dirección, es también una invitación para iniciar el estudio de la influencia del pensamiento pre-pontifical de Robert Prevost sobre el magisterio social de León XIV, en el marco del gran proyecto que proponemos desde el Instituto Enrique Shaw, titulado: “Caminos que conducen a Roma”, que involucra a Karol Wojtyła/San Juan Pablo II, Joseph Ratzinger/Benedicto XVI y Jorge Bergoglio/Francisco.

Ricardo von Büren
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar
ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-6548-997X>



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional